

La Novela Semanal

SERIE III

AÑO II

NUMERO 63



Una escena culminante de *El Loco de Moda*
(Señora Lupe Inclán y señores Miguel Wimer y Paco Sánchez)

EL LOCO DE MODA

POR LUIS ENRIQUE OSORIO

EL LOCO DE MODA original 1924 arr

Por Luis Enrique Osorio

Gran guignol en un acto y en prosa, estrenado en el Teatro Municipal de esta ciudad en la noche del 22 de enero de 1924, por la Compañía Mexicana de Revistas Sánchez-Wimer

PERSONAJES:

El Loco	Miguel Wimer
La Loca	Lupita Inclán
El Doctor	Atilano Solano
El Repórter	Paco Sánchez

(LA ACCIÓN EN UN MANICOMIO)

ACTO UNICO

(Habitación de paredes blancas y techo muy alto en cuyo centro hay una claraboya protegida con fuertes barrotes de hierro. A la izquierda hay una puerta que se abre para el lado de la escena y es en todo igual a la de las cajas de seguridad. Al fondo dos celdas cuyos umbralados están defendidos por gruesos barrotes, también de hierro, como los de las jaulas del jardín zoológico. En la celda de la derecha se ve sentada en el suelo una mujer haraposa que monologa cosas incoherentes y se tira con rabia las sucias y descompuestas greñas. En la de la izquierda, sobre una cama puesta junto a la pared del fondo, duerme tranquilamente un hombre de luengas e hirsutas barbas negras. Abrese la puerta y entra el Doctor, un anciano amable, jorobado y calvo, que viste un delantal blanco).

Doctor. —Pase usted. Pase usted.

(Entra el Repórter, un joven pobemente vestido que trae en una mano el lápiz y en la otra la libreta, y mira todo con espanto mal disimulado).

Repórter. —Gracias, doctor.

Doctor. — Aquí tiene usted lo más interesante que puede poner en su crónica. A estos dos locos han habido necesidad de enjaularlos como fieras, porque rompen la camisa de fuerza tienen la obsesión de matar.

Repórter. —Las rejas no podrán romperlas.

Doctor. —Ese hombre que está ahí dormido las desprende a veces del umbralado. Tiene músculos de acero.

Repórter. (Retrocediendo asustado). –¿Eh?

Doctor. –No se alarme usted. Dado el caso que intentara hacerlo tendríamos tiempo de salir.... Además, aquí todo está previsto. Esa puerta posee el mecanismo de una caja de fierro. Sólo puede abrirse por la parte de afuera y ni un titán es capaz de derribarla.

La loca. (Broncamente).–¡Te oigo!.... ¡Te oigo, miserable!

Repórter. –¿Por qué en vez de construir esa puerta no aseguraron mejor los barrotes?

Doctor. –Por humanitarismo. Acostumbramos a abrirle la reja con frecuencia.

Repórter. –¿Y cómo hacen para enjaularlo de nuevo?

Doctor. –Se narcotiza el aire. Al cabo de media hora está completamente dormido.

Repórter. –Entiendo. (Apunta). /Muy interesante!.... Dígame, doctor: y al estar suelto este hombre, ¿no intenta matar a la compañera?

La loca. – (Para si, sin Mirarlos todavía).–¡Te oigo!.... ¡Te oigo... miserable!

Doctor. –Sucede algo inexplicable: los dos, al estar juntos, reaccionan por completo, son incapaces de hacerse el menor daño.... y se juran amor eterno.... y se ponen a idear el mejor sistema de acabar con la humanidad para quedarse ellos dos solos en el mundo.... Puede afirmarse una vez más, con el adagio vulgar, «que entre sastres no se cobran hechuras».

Repórter. –¡Qué interesarte! (Apunta).

Doctor. –Va a ver usted ahora esa mujer en toda su ferocidad. Nada que tanto le irrite como que le golpeen la reja.... Ahora verá usted.

(Toma un palo largo que está recargado en la pared, junto a la puerta, y golpea con él los barrotes de la loca).

La loca. (Se lanza ferozmente de un salto contra la reja, extendiendo hacia afuera los brazos y mostrando los colmillos leoninos).

Loca. —¡Ah! ¡Miserable...! ¡Asesino! ¡Fuiste tú quien me lo mató!.... Agradece que no puedo salir de aquí.... porque te aplastaría como a una víbora.... (Ruge, tratando de desprender la reja).

Repórter. (Retrocediendo).—¡La rompe, doctor!.

Doctor. (Impasible y sonriente).—No se asuste usted. Con ella no hay el menor peligro.

La loca. —¡Acércate, canalla! No te retires.... A que a mí no me matas como a él.... ¡A que a mí no te atreves ni siquiera a mostrarme el cuchillo que le enterraste en el vientre!..

Repórter. —¿A quién se refiere?

Doctor. —A nadie.... a un ser imaginario.... ¿No se fijó usted en ese loco que va siempre huyendo de un incendio, y da gritos desgarradores porque siente que las llamas le devoran los pies?

Repórter. —Si,...

Doctor. —Así esta mujer vive con la obsesión de que le han matado el ser que más quería.... y toda persona que se le pone por delante es el asesino...y ella se empeña en

que ha de vengarse... Y con la fuerza que tiene.... ¡usted comprenderá! Si la dejaran suelta....

Repórter. —Veo que el extravío mental viene generalmente alrededor de una obsesión.... Me mostró usted otro loco que va siempre buscando puertas cerradas para abrirlas, porque siente que se asfixia.

Doctor. —Así es.... en la generalidad de los casos.

La loca. —¡Has de volver...! ¡Has de volver! (Muerde los barrotes y se retuerce contra ellos desesperadamente).

Repórter. —Cómo se explica usted eso?

Doctor. —Hay muchas teorías.... Yo creo que las potencias espirituales se hallan vinculadas en distintas células del cerebro.... La locura es una enfermedad en la cual la célula de la memoria se pone en contacto con la de la imaginación.... Y como las vibraciones de una y otra son totalmente distintas, un recuerdo, al caer en el campo imaginativo, se solidifica lo mismo que un chorro de plomo derretido que se vertiera en un vaso de agua.... Esa es la obsesión.

Repórter. (Apunta).

La loca. —¡Ah!.... ¡Ya está!.... Ahora sí te mataré.... como a una víbora.

Repórter. (Corre a la puerta).

Doctor. —No se asuste usted No le haga caso.... No hay el menor peligro.

Repórter. —Usted comprenderá.... Los nervios.... La falta de costumbre.... ¿Y esta

locura, no tiene remedio, doctor?

Doctor. —No sabría decirle a usted. En las enfermedades mentales suceden siempre cosas imprevistas. Mientras más estudia uno el asunto, mayor es la incertidumbre. Lo único que ha podido definirse un poco es lo relativo a las leyes fatales de la herencia.

Repórter. —¿Ha matado ella mucha gente desde que se volvió loca?

Doctor. —¡Cómo no! A un hermano.... a un agente de policía.... y, aquí mismo en el manicomio, a un enfermero.

Repórter. —¿En qué forma?

Doctor. —Estrangulándolos.

Repórter. —El caso es bastante original. Sirve para algo más que una crónica: para una novela

Doctor. —¿También escribe usted novelas?

Repórter. —Sí, doctor.... Pero usted comprenderá que, como salen tantas a la semana, ya no hay manera de matar al protagonista con originalidad.... Se han agotado todos los recursos.... Yo necesito dar con un procedimiento desconocido a la fecha.

Doctor. —¡Ah! Para eso, aquel buen hombre le enseñará cosas insospechadas.

Repórter. (Alarmado).—No lo despierte usted, doctor. ¡Puede romper la jaula!

Doctor. —No tenga miedo.... Le cuesta bastante trabajo hacerlo y no le gusta que lo vean.... ;'Es un hombre de lo más extraño.... No es propiamente un loco, sino un obcecado. Tiene la obsesión de matar, y asesina por deporte, con la mayor sangre fría, como quien se come una almendra.... Y es lo contrario de esa mujer. Este no se inmuta

jamás. Es de un estoicismo llevado al extremo.

Repórter. —¿A cuántos ha matado?

Doctor. —Cuando le pusieron preso confesó noventa y seis asesinatos comprobados.

Repórter. —¡Qué barbaridad!

Doctor. —El sostenía que estaba en su derecho; que le era indispensable matar, lo mismo que comer o dormir.... Iban a condenarlo a muerte; pero yo diagnostiqué que él estaba loco y se le declaró irresponsable.... Ahora lo oirá usted.... (Lo hurga con el palo).

El loco. (Se despereza, se sienta en la cania y mil a impasiblemente a los visitantes) .—

¿Cómo está, doctor? (Bosteza).

Doctor. —Bien, gracias.... Vengo a presentarle este amigo, que es repórter de La Verdad y desea tener una conversación con usted.

El loco. (Se pone en pie y va a la reja).—Lo complaceremos mi amigo.... Mucho gusto de conocerlo. (Le tiende la mano).

Repórter. (Retrocede asustado hacia la derecha). - Lo mismo...Lo mismo....

El loco. —¿Me deja usted con la mano extendida?

La loca. (Al retroceder el Repórter, lo agarra del saco). —¡Ah!....¡Ya te tengo!....

¡Asesino!.... ¡Ven acá!

Repórter (Se libera de un salto y cae junto al loco).

El loco. (Tomándole la mano y apretándosela fuertemente). –Venga acá, mi amigo...,
¿De modo que...? usted es.... «periodista?»

Repórter. –Sí, señor....

Doctor. (Manifiesta terrible alarma y se acerca a la puerta).

El loco. –Mucho gusto de conocerlo.... ¿Y es periodista de los que dicen la verdad?

Repórter. –Sí, señor.... Sí, señor.

El loco. (Enérgico). –Dígame usted «!la verdad».

Repórter. –La verdad.

El loco. –Me gusta, me gusta, mi amigo. (Lo suelta).

Doctor. (Se tranquiliza y vuelve a su sitio).

El loco. –Es usted un fenómeno.... No se asuste.... Aquí nada malo le puede pasar....

Sólo está expuesto a que lo matemos, y con eso se le haría un gran favor.

Repórter. –¿No ama usted la vida?

El loco. –Pues.... sí.... Un poco.... Pero me la han echado a perder.... Para que podamos gozarla es necesario que nos dejen hacer nuestra real gana.... y ya ve usted: enjaulado me tienen... Paciencia... Yo hubiera preferido que me mataran, porque quiero saber qué se siente cuando a uno lo matan.... Tengo ese capricho.... Pero el doctor me hizo el mal de declararme loco

Doctor. –Ese era mi deber, amigo. Sintomatológicamente, usted padece un desequilibrio mental.... aunque no le parezca.

El loco. –Toda mi locura se reduce a que no soy médico graduado y a que no trabajo con instrumental.... Pero yo soy como los facultativos: me gusta ver las entrañas del próximo: es mi debilidad.

Repórter. –¿A cuántas personas ha matado usted en su vida?

El loco. –Que yo recuerde.... noventa y seis.... nada más.

Repórter. –¿Siente usted gran placer en ello?

El loco. (Fríamente). –Al menos me distraigo.

Repórter. (Escribiendo). –¿Cuándo mató usted la primera vez?

El loco. –A los ocho años.

Repórter. –¿Cuál fue su asesinato predilecto?

El loco. –El de la mujer que yo más quería.

Repórter–¿Qué clase de muerte es la que más le gusta a usted?

El loco. –Depende de las circunstancias.... Como ya le dije, mi principal placer era ver las entrañas.... En una época acostumbraba a despedazar el vientre.

Repórter.–¡Qué horror! ¿Con arma cortante?

El loco No, no, no.... ¡Así qué gracia es! ¡Con las uñas! Es un goce muy especial. Se entierran los dedos en el sitio más indicado. Luego se abre con fuerza.... se rasga.... !yyy!.... Luego se hunden las manos en la cavidad blanda y caliente.... y se revuelve bien.... (Pausa) ..

Pero pronto me aburrí de ese sistema, porque la sangre del estómago, al revolverse

con los jugos digestivos, toma un sabor muy amargo.

Repórter.—¡Bebía usted la sangre!

El loco: —Sí.... A eso le debo en parte mi fortaleza física.... Como le iba diciendo, amigo, me cansé de ese sistema. Entonces di en decapitar con mis propias manos.... Trozaba primero los cartílagos, luego la junta del espinazo.... reventaba los nervios.... hasta desprender del todo la cabeza.... ¡Si viera usted qué hermoso espectáculo!... Salta un chorro de sangre tibia, como la fuente de un jardín.

Repórter. —¿Se siente usted ahora con los mismos deseos de siempre? '

El loco. — Mayores, amigo, ¡Mucho mayores! Bien sabe usted que la privación es causa del apetito.

Repórter. (Anotando nerviosamente). —Creo que esto es ya suficiente.... ¿Nos vamos, doctor?

Doctor. —Como usted guste.

Repórter. — Hasta luego, amigo:

El loco. —Envíeme usted un ejemplar del número en que publique esta conversación...(Complacido). Es para mi álbum de recortes.

Repórter. —Con mucho gusto

El loco. —No vaya usted a equivocarse en nada de lo que le he dicho.

Repórter. —No hay cuidado. Soy estenógrafo. No se perderá ni una palabra.

(el repórter y el doctor van a la puerta).

Doctor. —¿No ve usted?... Esta puerta, una vez cerrada, sólo de afuera puede abrirse.... por medio de una combinación que no conocemos sino los enfermos y yo.

El loco. (Echa mano al palo que el doctor ha dejado contra la pared, y lo dirige hacia la puerta; pero no alcanza).

El doctor. —Para el caso de que se cerrara estando uno de nosotros dentro, se ha instalado este timbre, que tiene sus llamadas ya convenidas.

Repórter. —¿Se ha presentado el caso de que alguien se quede adentro?

Doctor. —No.... pero es bueno tenerlo todo previsto.

El loco. (Se acerca al extremo izquierdo de la reja y estira el palo de nuevo, pero le faltan algunos centímetros aún para tocar la puerta).

Repórter. —¿Nos vamos, doctor?

Doctor. —Nos vamos, sí... (Abre la puerta un poco más).

Repórter. —Pase usted, doctor.

Doctor. —No. ¡Usted!.... ¡Hágame el favor!

Repórter ¡Usted! ¡Usted!... Tenga la bondad.

El loco. (Empuja la puerta con el palo y la cierra de un golpe).

Repórter. —¡Oh

Doctor. —¿Se ha cerrado?

Repórter. —Sí.

Doctor—¡Qué calamidad! Hay que tocar el timbre inmediatamente.

El loco. (Revienta con el palo el cordón del timbre). Ya no hay tiempo.

Repórter. (Golpeando la puerta con desesperación). ¡Abran! ¡Abran!

Doctor. —¡No! ¡No haga usted eso! Como no nos vieron entrar, van a creer que son los locos. *

Repórter. —¿Qué hacemos, doctor?

La loca—¡No grites, bandido! Nada logras con gritar.... Bajo mis pies has de morir.... ¡aplastadol (Se retuerce contraída reja).

El loco. —Así los quería ver, mis amigos. Así los quería ver.

Doctor. —Venga usted que le subo en los hombros, para llamar por la claraboya.

El loco. (Comienza a forzar los barrotes sin inmutarse).

Doctor. —(Se sube en los hombros del periodista y grita). ¡Alcides! ¡Alcides! ¡Navarro!.... ¡Abran la puertaaa!.... ¡Navarrooo!....

Nadie contesta.

La loca. (Energúmena). —¡No me grites, infame! .. ¡No te escapes, infame! Aguarda, que te voy a abrir el vientre.... con ei mismo cuchillo que le enterraste tú..., Nada sacas con huir.... ¡Te alcanzaré!

Doctor. —Navarrooo!

Repórter. —No resisto más, doctor.

(La reja del loco comienza a ceder).

Doctor. –¿Tiene usted un arma?

Repórter. –No más que un cortaplumas, doctor.

El loco. (Retira los barrotes).–Ya está.... (Sale).

Doctor. –(Se baja de los hombros del periodista y corre aterrorizado a la derecha).

Repórter. –¡Ay, doctor! (Lo sigue).

La loca. –¡No te escondas, miserable...! ¡No te escondas, víbora!

El loco. –No se afanen.... Esto no tiene nada de particular.... Voy ‘apenas a hacer algo a lo vivo para que usted pueda dar una información más detallada.

Repórter. –No, no.

La loca. –¡Acércate, canalla! (Tiende los brazos hacia el repórter).

El loco. (Para si, después de reflexionar). –Viéndolo bien, aunque ella no es aún tan amiga mía como yo necesito.... ha dado en gritar más de lo conveniente.... y me fastidia.... (Al repórter). A ella he procurado enamorarla para darle la muerte cuando más me quiera.... No hay placer como el de matara una persona que nos ame.... Es algo así como arrancar una flor a la mata que uno mismo ha plantado y cultivado.... (Resueltamente). Voy a abrirle la jaula. (La abre).

La loca. (Sale disparada contra el repórter).–¡Ah!.... ¡Al fin....¡Ahora sí!.... ¡Ahora sí!

Repórter.–¡Doctor! (Corre a la jaula de la loca seguido por el doctor, y cierran la reja).

La loca. (Yendo tras ellos).–¡Ahora sí!

El loco. (Cerrando bien la jaula y agarrando a la loca). –Yen acá.

La loca— ¡Déjame!

El loco. —Déjalos ahí enjaulados.... ¡Están locos!

La loca, —Quiero matarlos.

El loco. —Ten un poco de cordura.

La loca. —El mató al único sér que me quería.... Le enterró un cuchillo en el vientre.

El Loco. —No te afanes.... Lo matarás.... Pero aguarda.... Es tan agradable demorar los hechos cuando está uno seguro de hacerlos.

Doctor.—¡NavarroooooL... Na....

El loco. (Con calma). —No grite, doctor, porque lo mato.

La loca. (Llorando). —El lo mató.... El lo mató.... Tú lo viste.... Le enterró un cuchillo en el vientre.

El loco. —No llores.... Voy a decirte algo que tu no sabes.

La loca. —Yo quiero saber.... ¡Amor mío!.... (Le acaricia la cabeza). Estás muerto.... Está sangrando.... pero hablas.... y me puedes besar.... Yo te vengaré del que te mató.

El loco.—Tú no sabes quién lo mató.... Yo sí.... Voy a decírtelo...¡Lo maté yo!

La loca. (Reaccionando brutalmente).—¿Tú?....

El loco.—Yo.

La loca. (Bronca y energúmeno).—¡Ah!.... ¡Miserable!. ¡Te aplastaré como a una víbora!..., ¡Ah!.... (Lo agarra del cuello).

El loco. –Tienes fuerza. (Lucha con ella). Tienes fuerza.... Aguarda (Logra agarrarla del cuello). Esto era lo que yo quería.... Así.

La loca. – (Da bramidos que se convierten en un grito horriblemente angustioso).

El loco. – Es infalible.

La loca. (Cae al suelo desplomada).

El loco. (Reflexiona y se dirige al periodista).–¿Ha visto usted? Nada vale resistirse ante un profesional.... Ahora (Reflexiona).... voy a proporcionarle a usted un espectáculo totalmente distinto: el de una persona que no ofrece la más mínima resistencia. (Abre la reja). Venga acá, doctor, a ver si el que lo suceda en el puesto me declara cuerdo.

Doctor. –¡Navarrooooo! (Va al fondo de la celda).

El loco. –No grite.... No grite, porque es peor.... Venga acá.

Repórter. –¡Por favor!.... ¡No!.... ¡Por su madre!

El loco. – Conmovido– Mi madre.... A ella la estrangulé.... Cuando bebí su sangre me pareció que volvía a ser niño, y que ella me amamantaba amorosamente.... Venga acá, doctor.... ¿No viene?.... Entraré yo entonces. (Entra a la celda).

Repórter. (Sale disparado).

El loco. (Al repórter). –No se retire mucho.... Venga acá.... Quiero que vea bien.... Este será Un gran detalle informativo.

Repórter. –No. No quiero ver.

El loco. –Se pierde usted de algo muy interesante. (Penetra al interior de la celda y

desaparece con el doctor).

Doctor. – (Da un gemido desgarrador que se ahoga de pronto en un ruido asfixiante.–
(Pausa)

El loco. – (Sale con las barbas rojas de sangre). –Venga usted a ver...Es como la fuente
de un jardín.... Entre.... (Va a él y lo toma del brazo). Venga a ver. (Lo lleva a la puerta
de la celda),

Repórter. (Mira al interior y vuelve horrorizado la cabeza a otra parte). –¡Oh!

El loco. –¿Se horroriza usted por tan poca cosa?.... No parece escritor. (Va al interior y
trae el delantal del doctor, rojo de sangre).

¡Qué hermosa carátula para un libro de actualidad!... ¿Ya tomó usted nota de todo lo
que ha visto?

Repórter. – (Escribiendo automáticamente). –Sí, señor.

El loco. –Ahora va a escribir lo suyo.

Repórter. – (En el colmo del espanto).—¡Cómo!

El loco. –Lo suyo.... Lo que le va a pasar a usted ahora, mi amigo.... Es un nuevo
procedimiento que se me acaba de ocurrir.

Repórter. —¡Oh!.... ¡No!.... (Corre)... ¡Navarrooo!

El loco. –Ya le aprendió al otro.... No se exalte, mi amigo,... piense que va a pasar a la
historia como un mártir de su deber.... Alégrese.

Repórter. –(Saca el cortaplumas y lo abre en actitud de defensa).

El loco— Eso es.... Sáquele punta al lápiz para que esto quede bien escrito.... ¡Sáquele punta!

Repórter. – (Obedece).

El loco. —Ahora escriba.... escriba.

Repórter. —Compadézcase de mí.... ¡Soy casado!

EL loco. —De quien voy a compadecerme es de su señora.... Escriba... Pero dígame antes: ¿es verdad que ustedes los artistas tienen el corazón muy grande y muy blando?

Repórter. —Eso dicen, sí señor....

El loco. —Escriba, pues.... No se asuste tanto, hombre, que esto es una broma.

Repórter—¿Verdad, que habla usted en broma?

El loco. —Sí, mi amigo.... Escriba: dijo el loco que

Repórter. —que....

El loco. —....me iba a romper el tórax por la parte izquierda.

Repórter —....erda...

El loco. —Que me desprendería el corazón para ver qué tan grande era.

Repórter. —....era....

El loco. —Y que para saber qué tan blando era, se lo comería crudo.

Repórter. —Ya. está.

El loco. —Cuidado con decir otra cosa, porque a mí no me gusta andar haciendo

rectificaciones.... ¿Quedó tal como yo lo dije?

Repórter. —Sí.

El loco. —Tírelo ahora todo por debajo de la puerta.

Repórter. (Obedece temblando y abre de nuevo el cortaplumas).

El loco. —Dígame ahora: ¿cuánto le van a pagar por ese trabajo?

Repórter. —Todavía no me pagan nada.... porque dicen que no soy conocido del público.

El loco. —¿Y se pone usted gratuitamente en esta clase de peligros?.... Venga acá, mi amigo.... Usted no es alma de este mundo.... Venga acá.

Repórter. (Grita, se resiste y trata en vano de apuñalar al loco).—¡No!.... ¡No!.... ¡No!....

El loco. (Lo sujetan sin esfuerzo, le tapa la boca, lo lleva a la celda de la izquierda y desaparece con él).

Repórter. (Da un grito prolongado, con varios matices trágicos acentuándolo violentamente por momentos, hasta convertirlo en un borbotar de sangre por la garganta. —(Pausa)).

El loco.— (Sale con las manos ensangrentadas, mascando una cosa roja y moviendo la cabeza negativamente, cerciorado de que es mentira el cuento de los corazones de artista...—Chiquito y duro.... (Muerde).... duro como un hueso....(mira a los lados).... Ya están, todos, pues... (mira a la concha del apuntador y hace de pronto un gesto de alegría sorpresa). ¡Ahí...! Miren lo escondido que estaba éste.... ¿Creyó que yo no lo veía? Venga acá, mi amigo.... ¿Con que llevándome el apunte? Venga acá,

venga acá.

(Se vuelve la concha y aparece la cabeza del apuntador, con los ojos fuera de las órbitas, sacudiendo en una mano el libreto y dirigiéndose al público).

Apuntador. –¡Socorro! ¡Socorro!

El loco.–No grite, mi amigo.... Venga acá, para estar yo desocupado cuando salga el autor.... Venga acá.

Apuntador. {Se hunde aterrorizado}.

El loco–(Yéndose tras él por el agujero de la concha).–Venga acá, mi amigo.... Venga acá.... (Se hunde impasible).

TELÓN

-